

# Una Cáritas como Dios manda

Luis Enrique Hernández González

Miembro del Instituto E. Mounier. Trabajador de Cáritas Diocesana de La Rioja.

**H**ace unos días, nos daban a conocer los medios de comunicación, la concesión del Premio Príncipe de Asturias a Cáritas, por su labor humanitaria en pro de los más desfavorecidos.

No debo ocultar que la noticia me produjo cierta simpatía, en unos momentos en los que la sociedad civil, y el propio poder organizado, no dudan en desacreditar a la Iglesia como una entidad obsoleta y sin sentido en los tiempos que corren, no perdiendo la oportunidad de ridiculizar al Papa o a cualquiera de sus instituciones emblemáticas, cogiendo por los pelos a través de titulares sensacionalistas, manifestaciones y planteamientos que la Iglesia ha venido realizando en los últimos tiempos sobre el aborto, los anticonceptivos, el catecismo o el alma de los animales... sin entrar con seriedad en el contenido de los mensajes.

Mi simpatía, por tanto, por el reconocimiento a todos aquellos voluntarios de Iglesia, que de verdad se dejan la piel y la vida al lado de los pobres en Timor, en Salvador, en Zaire... y en cualquier espacio en conflicto, mientras los cooperantes, voluntarios, ONGs, y filántropos altruistas de todo tipo, ponen kilómetros por medio



cuando vienen mal dadas. Estoy con Enrique Dussel, cuando afirma: «Después de la caída del socialismo y la derrota electoral del sandinismo, solo los cristianos suponen una esperanza para el resurgimiento».

Sin embargo, no pude evitar poner en tela de juicio tamaño homenaje.

Cuando el poder nos premia ¿cómo estaremos haciendo las cosas? Y es que si nos paramos a pensar, tampoco a Jesús de Nazaret le hubiesen llegado a crucificar si su

actividad hubiese consistido en: dar de comer al hambriento, atender al desvalido o asistir a la viuda y al huérfano... Hubiese sido una actitud digna de alabanza que muy probablemente el propio Pilatos hubiese premiado también.

El motivo que llevó a Jesús a la cruz fue la DENUNCIA de la injusticia y la denuncia de quien la producía. La denuncia del poder establecido, de la ley, el continuo increpar a quienes ostentan la responsabilidad en la pobreza, la exclusión y la marginación de quie-

nes sufren. Eso fue lo que llevó a Jesús a la cruz. Y es que ya es sabido, que «no existe redención sin derramamiento de sangre».

Si a nosotros nos premian, ¿no nos estará premiando el enemigo, aquel que nos debería crucificar si le denunciásemos como Dios manda?

## La identidad de Cáritas

La identidad de Cáritas se fundamenta en el amor preferente de Dios por los pobres, pero en la perspectiva bíblica la pobreza no acontece de modo casual, antes bien, es el resultado de una estructura social injusta, que implica una ruptura de la solidaridad y de la comunión humana. Los pobres son aquellos que carecen de medios para subsistir, pero sobre todo, son los que sufren las cargas que supone mantener la riqueza y en ocasiones el lujo de otras personas y grupos humanos.

Es Dios quien opta en primer lugar por los pobres. De modo paradójico, la imparcialidad de Dios, Padre de todos, se convierte en preferencia para con los pobres por ser éstos la expresión de la injusta parcialidad de una sociedad que cuida y ama a los ricos, lo cual es el resultado del pecado.

## Cáritas «multinacional de la caridad»

Dar respuesta a esa identidad de servicio preferencial por los pobres, ha supuesto para Cáritas un proceso histórico de adaptación desde su creación, a mediados de este siglo (1947), época en la que tuvo que hacer frente a una serie de necesidades totales, comenzando su andadura con un talante asistencial, limosnero, repartiendo la «leche americana» de postguerra. Pasar de dar el pez a entregar la caña ha exigido, a su vez saltar

de la gestión más o menos casera, de los recursos asistenciales de la Iglesia, a la gestión altamente cualificada, más técnica, más profesional, más empresarial, de corte moderno. Así pues, en este devenir histórico determinadas personas han descubierto en las propias organizaciones caritativas de la Iglesia la dimensión empresarial, pero no parecen haber meditado suficientemente, en que muchas veces el espíritu empresarial no tiene nada que ver con el Espíritu Evangélico. También hemos descubierto, la gestión, el internet y los E-mails, que como multinacional competente, nos han mantenido conectados a todas las zonas con necesidad del mundo, como testigos impotentes de tanto sufrimiento.

Cáritas ha crecido mucho en estructura, como entidad, como organización, paralelamente al crecimiento experimentado por la propia institución de la Iglesia. Hemos ganado en prestigio, le vamos cogiendo el gusto a eso de salir en la foto y según crece nuestra importancia institucional más disminuye nuestra óptica evangélica, cuanto más espíritu de empresa menos confesión de fe. La seguridad confiada en la Providencia Divina, conscientes de que nuestro humilde barro se asienta en las buenas manos del Alfarero por excelencia, se va reconvirtiendo progresivamente en la seguridad del marketing y de la subvención, lo cual nos va aproximando peligrosamente a papá Estado y al calor del poder, derivando sutil, pero progresivamente nuestra mirada, en dirección opuesta a nuestra identidad, al origen de nuestra opción.

## Y sin embargo te quiero

Afortunadamente, Cáritas no es la Institución que lleva ese nombre como mascarón de proa, ni cari-

dad es mi vecina del cuarto, aunque se llame así; es mucho más. Cáritas y la caridad son el espíritu de la Iglesia que articula en la realidad concreta de este mundo, el amor de Dios a los hombres. Por tanto, quien trabaje en esta línea, quien actúe con esta actitud y compromiso es Cáritas. Esté donde esté, hace caridad, aunque no lleve impresa la denominación de origen.

Ciertamente voluntad caritativa, sin formación técnica, sin estrategia pedagógica, puede resultar contraproducente e incluso inaceptable, pues ya sabemos que solo con buena intención se ha metido mucho la pata (el mono tonto, con la mejor intención del mundo, sacó al pez del agua pensando que se podría ahogar.)

El problema, por tanto, no estará en la técnica ni en los recursos que sean necesarios utilizar para luchar contra la pobreza, sino en cómo los utilizamos, como los adquirimos, y los criterios evangélicos que aplicamos en su administración.

Si nuestra acción pierde su fundamento profético, nuestros movimientos se convertirán en gimnasia, harán bonito, pero no cambiarán nada.

Todavía la sombra asistencialista, de enfermera competente, pulula sobre las actitudes y planteamientos de Cáritas, con la fuerza de un pecado original de difícil rectificación. Los tiempos han cambiado y es urgente que Cáritas como institución emblemática de la propia Iglesia recupere su misión profética, como papel fundamental en la lucha contra la pobreza, anime la esperanza de los pobres en una sociedad nueva, por tanto, ejerza su capacidad de DENUNCIA del poder establecido como objetivo primordial de su hacer, aunque esa actitud nos lleve al camino de la cruz en vez de al de las subvenciones y los premios.